



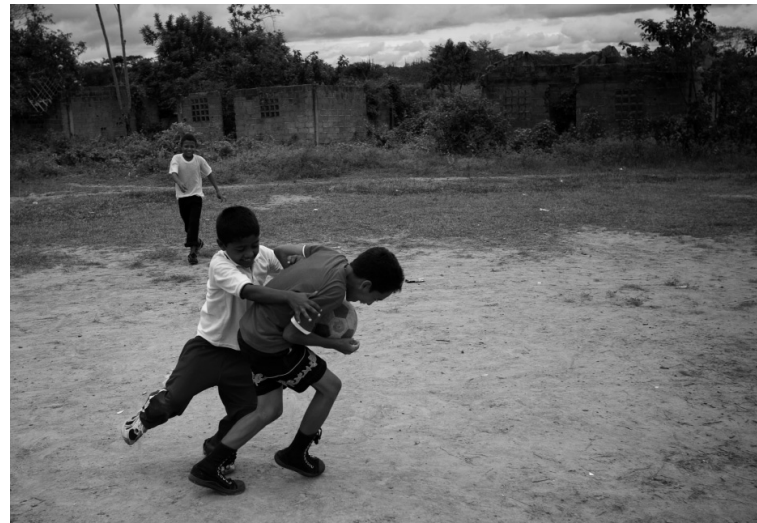
Cinco aclaraciones ad portas del Mundial

Juan Carlos Orrego Arismendi

Todo mi discurso sobre el fútbol casi se reduce a analizar con mi hermano si en la jugada crucial del último partido hubo realmente fuera de lugar, o a garabatear un correo electrónico para burlarme de un buen amigo a raíz del resultado de algún clásico. Nada más. Lo que más detesto es hacer filosofía del fútbol, o juntarme con eruditos que lo ven como un “espectáculo de masas” (aunque hay términos peores). Con todo —y mediando la imperativa solicitud de una amiga editora—, supongo que no estará de más zurcir algunos párrafos de futbolero refunfuñón sobre ciertos asuntos que, a mi juicio, no están muy claros en la cabeza de muchos. No siendo pues, lo que viene, docta sociología (por fortuna) ni fina literatura (por desgracia), no me queda más remedio que llamarlo *aclaraciones*. Van cinco que, quién sabe, quizá resulten de utilidad en estos días de Copa Mundial.

*Del fútbol sólo hay que hablar
con emoción futbolera*

La emoción del hincha nace del hecho de que no se sabe qué puede pasar en un partido, y tanto el gol del equipo amado en el último minuto como la desgracia acaecida a esa misma altura (el fatídico penalti) predisponen el ánimo para el grito, el lloro, el alegato o el feliz recuen-



© David Estrada Larrañeta

to. Dicho de otro modo, toda la sal está en lo imprevisible de cada partido, y para calcular lo no conocido o para asimilar lo no esperado es que se habla de fútbol. Lo último que debe hacerse es organizar un congreso para hacer ciencia del fútbol y tratar de encontrar su lógica formal o sus regularidades rituales y sociales, pues no hay nada tan soso como eso (como no sea una conferencia sobre sexualidad). Solo la reflexión literaria, por la gracia que le es inherente, tiene valor; basta recordar, para probarlo, a José Luis Sampedro y su cuento “Aquel santo día en Madrid”, en que un extraterrestre describe un partido entre Real Madrid y Barcelona como si se tratara de un viejo culto telúrico.



*El verdadero aficionado no conoce
el aburrimiento*

Cuando se gusta del fútbol, se es necesariamente hincha de un club, y quien sostenga lo contrario miente descaradamente. Y el hincha nunca se aburre cuando presencia los partidos de su equipo: goza, sufre o se enfurece, pero jamás lo muerde el tedio. En *Fiebre en las gradas*, el inglés Nick Hornby escribe al respecto: “Yo voy al fútbol por muchas y variadas razones, pero no voy buscando entretenimiento. Cuando miro a mi alrededor un sábado cualquiera y veo todas esas caras que delatan el pánico, la reconcentración y el mal humor, me doy cuenta de que los demás sienten lo mismo que yo”. Por mi parte, nunca entendí a quienes, a mi lado en el estadio, se quejaron por un partido soso del DIM. El ansia del hincha no ve su objeto en la entretenimiento sino en el triunfo, y cambia el arte del juego por los tres puntos en disputa, o en el mejor de los casos por un trofeo. Cuando se presencian partidos de equipos ajenos, tampoco es la diversión lo que se busca sino, así sea soterradamente, el triunfo de alguno de los equipos en contienda. En los extraños casos en que eso no ocurre, el espectador busca de todos modos ampliar su cultura general y, sobre todo, ver transcurrir frente a sus narices la historia del “deporte rey”. Quien haya visto jugar a Alemania contra Austria en el Mundial de España 1982 lo sabe muy bien: por más que el partido haya sido terrible para los más líricos, se trató de uno de los “tongos” más sonados de la historia. Los que fueron a verlo debieron sentirse satisfechos.

Ante un partido siempre se toma partido

Aunque el equipo amado no se encuentre en el campo, el espectador del juego de

turno no puede ser neutral. Siempre mediará algo que robará su favor, ya se trate del proverbial odio que despierta el equipo rival (en ese caso, uno hinchará por cualquier equipo que se le enfrente, sin importar siquiera la propia conveniencia), ya se trate de los colores de un uniforme, del nombre de la ciudad de origen de una de las escuadras, de la simpática presencia de un puntero africano, etc. El nombre de los equipos suele ser un criterio importante a la hora de improvisar el favoritismo, pues sus evocaciones o su gracia estética hablan directamente al corazón (¿cómo no simpatizar con un club llamado César Vallejo? ¿Cómo desear el triunfo de Huachipato?). Con todo, nada como el sentimiento de lo heroico a la hora de decidirse por un club ajeno. Los que nacimos antes de 1980 aprendimos a desear el triunfo de David sobre Goliat, y celebramos cuando Grecia ganó la Eurocopa del 2004; los que nacieron después aprecian el heroísmo del talentoso que vence sobre otro como él o contra un equipo entero, y suelen hinchar a favor de los equipos grandes porque en ellos militan esos gladiadores, gente como Lionel Messi, Cristiano Ronaldo o Arjen Robben.

No hay hinchas de selecciones nacionales

Solo se es hincha de un club, pues ese tipo de fervor —el más enfermizo de todos— cumple con la función de justificar por qué se ha optado por un equipo en medio de otras alternativas; o, visto de otra manera, la fiebre del hincha es una jactanciosa manifestación del mucho tino que él ha tenido al escoger su equipo. Pero no se elige la cuna para nacer, ni hay varias banderas patrias para escoger, ni selecciones de fútbol. No hay hinchas de la Selección Colombia: solo hay colombianos. Al equipo nacional se lo aviva por puro sen-



© David Estrada Larrañeta

timiento patrio, del mismo modo bestial e irrazonado que se eriza la piel cuando se oye el himno lejos de casa. Los renegados como mi tío Kiko y mi suegra no odian, en realidad, a nuestra selección; por el contrario, la aman tanto que de entrada renuncian al riesgo de ilusionarse con su triunfo. En sus cabezas burbujea la misma lógica de quien mata a la madre para que ya no tenga que morir.

En la historia del fútbol solo quedan los resultados de los partidos

Salvo el recuerdo de los goles de gran factura o de los yerros arbitrales escandalosos, nada queda de un partido más allá de su resultado, razón de más para preferir el triunfo al “juego bonito”, ilusión de aquellos que ya eran mayorcitos en 1970 y, al sol de hoy, creen haber visto una selección Brasil jugando sobre las nubes. Esa copa de la selección “verdeamarela” vale tanto como la que, con un fútbol gris tejido con mínimos esfuerzos, ganó en Japón en 2002. Ocurre, sin embargo, que se concede demasiada impor-

tancia a la cháchara de los comentaristas deportivos y de los hinchas con ínfulas científicas, quienes se dan a analizar, advertir, concluir y profetizar con un desparpajo tal que, a la postre, los partidos se antojan como contiendas morales en la que hay que ser bueno o virtuoso para ganar, bondad en la que tienen una extraña participación la “táctica”, la “concentración” o la “jerarquía”. Todas esas palabras, sin embargo, son significantes caprichosos que pretenden definir situaciones evanescentes, ninguna de las cuales puede enfrentarse con éxito a la única realidad del fútbol: que el que gana — así como el que lee — es el que goza.

Juan Carlos Orrego Arismendi es antropólogo, magíster y doctor en Literatura y se desempeña como profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia. Ha publicado los libros *Cuentos que he querido escribir*, *Medias tintas. Crónicas y mentiras* (obra colectiva), *Viaje al Perú* y *La isla del gallo*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.